



AQUILES NAZOA SIGUE VOLANDO EN UN CABALLO

JAVIER VILLAFANE

A los pocos días de llegar a Venezuela —fue en el mes de junio del año 1967— una mañana lo llamé por teléfono a Aquiles Nazoa. La conversación fue muy breve. “¿Aquiles Nazoa?” “Sí. ¿Quién habla?” Le dije mi nombre y me preguntó: “¿Estás en Caracas? ¿Cuándo llegaste?” “Hace unos días, y quiero verte. ¿Cuándo puedo verte?” “Hoy mismo. Nos podemos ver en el cafetín de El Ateneo a las tres de la tarde. ¿Te parece bien?” “Sí”

A las tres de la tarde nos encontramos en el cafetín de El Ateneo. Nos dimos un fuerte abrazo. Nos sentamos. “Dos cervezas bien heladas”, pidió. Y hablamos. Me contó que había sido payaso en un circo, los distintos oficios que había realizado. No me hace falta cerrar los ojos para verlo. Era alto, delgado, moreno. Cuando hablaba —era tremendamente ingenioso— le gustaba escucharse.

De pronto le dije:

—Aquiles, te voy a hacer una pregunta: ¿Cuál es el cuento entre todos los cuentos que te contaron cuando eras niño y todavía recuerdas?

Demoró en responder.

—Mi infancia fue tremenda —dijo—. Eramos muy pobres. Y a los niños pobres nadie les cuenta cuentos.

Fue entonces cuando llegaron unos amigos de Aquiles. Eran actores que venían de un ensayo. Compartieron nuestra mesa. Después fuimos a un restaurante. Después me acompañaron hasta la puerta del hotel. Cuando nos despedimos estaba amaneciendo.

Desde entonces nos seguimos viendo. Una vez lo encontré en el aeropuerto de Maiquetía. El iba a Lima, yo a Buenos Aires. Una tarde nos encontramos en Mérida en la casa de Carlos Contramaestre y me dijo:

—Te traigo un regalo de Navidad. Es un cuento. Es el cuento que me hubiese gustado escuchar cuando era niño: “La historia de un caballo que era bien bonito”.

Me entregó un cuadernillo. Leí la dedicatoria: “Para Javier Villafañe, éste que aspira a ser uno de los cuentos que hubiera podido contarte, con la devoción y el cariño de su amigo Aquiles”.

—Gracias. Qué bien impreso está.

—Son los prodigios que hace mi hermana Elba con su máquina de escribir y las iniciales parecen dibujadas por un monje del medioevo.

En la casa de Carlos Contramaestre había muchos amigos. Era la tarde del 24 de diciembre. Bebimos ron. Aquiles me pidió el cuadernillo y me pidió el cuento. Escuchemos el cuento. Escuchemos la voz de Aquiles Naoa.